

Alfredo R. Plascencia: el poeta olvidado

Samuel Gómez Luna Cortés*

“El cimiento de mi formación literaria es *El cristo de Temaca*, del padre Plascencia, poeta casi desconocido”, puntualizó en una ocasión Juan José Arreola.

Alfredo Plascencia Jáuregui (aún faltaban 21 años para portar la R), nació el 15 de septiembre de 1875, en Jalostotitlán, Jalisco. Sus padres, quienes deseaban el mejor destino para su primogénito, deciden inscribirlo en el Seminario de Guadalajara, el 19 de octubre de 1887.

Durante su formación sacerdotal mostró más disposición para las artes que para las leyes, pues su alma poética y sentimental no iba con las ciencias exactas. Memorizó y amó con fervor los textos clásicos, descifró a Virgilio y tradujo del griego textos poéticos.

La muerte de su padre fue un golpe del que nunca pudo recobrase. Junto a su cadáver juró, por la memoria del fallecido, que siempre su nombre lo acompañaría. Y así fue, pues decidió tomar la R (de Ramón) y darse a conocer como Alfredo R. Plascencia.

En 1924 ve la luz en Barcelona, España, su primera obra: *El libro de Dios*, texto místico por excelencia, en el que habla al mismo creador de “tú a tú”.

Grita al Cristo en la cruz: *Así te ves mejor, crucificado. / Bien quisieras herir, pero no puedes. / Quien acertó a ponerte en ese estado / no hizo cosa mejor. Que así te quedes.*

Continúa sus bellos versos y concluye con esa ternura y

gracia propia de los grandes: *Si es tan solo el amor quien te ha cegado, / ciégame a mí también, quiero estar ciego.*

En el mismo año y en la misma editorial, su segundo libro, *El paso del dolor*, aparece en Barcelona, volumen dedicado e inspirado por las tempranas muertes de sus padres. Sus metros reflejan el dolor, principio y fuente no solo de su obra, sino de su vida misma.

Del cuartel y el claustro es el tercer trabajo de este poeta, integrado por 23 piezas dedicadas a sus hermanos idos: el soldado Higinio y Cristina (sor Eulalia), ambos fallecidos en abril de 1918.

Así evoca el bardo del dolor el deceso de su hermano, caído por defender a su patria: *Fue en la calle de Moya, allí te vieron / Y en el propio lugar que resguardabas, / Donde al sentirse con el cráneo roto, / Corrió a envolverte en su piedad la patria.*

Los otros seis libros, que por desgracia están agotados, fueron publicados por primera vez en la Casa de la cultura jalisciense, con el título de *Poesías*, en 1959, casi 30 años después de la desaparición del escritor.

Al ver su inevitable destino, Alfredo pide su postrera voluntad: *Quiero un lecho raído, burdo, austero / Del hospital más pobre; quiero una / Alondra que me cante en el alero; / Y si es tal mi fortuna / Que sea noche lunar en la que me muero.* Frases de exactitud profética, pues lloró por última vez en 1930, en la pobreza, a la una de la mañana y con una “tremenda necesidad de olvido”.

Durante el gobierno del licenciado Agustín Yáñez, alumno del poeta, sus restos fueron exhumados y trasladados a la rotonda de

los Hombres ilustres, ubicada en el mausoleo central del panteón de Belén. Por desgracia están en una condición deplorable.

Impusieron su nombre a una calle y en su natal Jalostotitlán, en la plaza principal, levantaron un monumento al bardo del dolor. En el palacio de gobierno figura su nombre entre los jaliscienses ilustres. Su retrato fue pintado en la cúpula de la Casa de la cultura jalisciense, donde comparte espacio con otros hijos esclarecidos de nuestro estado.

Alfredo R. Plascencia, sin duda alguna, ha sido uno de los poetas más excelsos que Jalisco ha dado. Es lamentable observar que en países como España y El Salvador reconozcan y promuevan su obra, mientras que en Guadalajara su nombre solo indica una calle.

No ha sido sino gracias a la labor del maestro Ernesto Flores y la investigación del presbítero José R. Ramírez, mejor conocido como el padre “Chayo”, que la vida y obra de Alfredo R. Plascencia han logrado subsistir.

Hago pública la invitación (en especial a la UdeG) para dar a conocer y difundir sus piezas literarias, revalorar su aportación al mundo de las letras jaliscienses y evitar que el olvido y la ignorancia ganen terreno ante ese prodigioso hombre que logró cimentar la formación de nuestro último juglar, el maestro Juan José Arreola. ♦

*Estudiante de la carrera de negocios internacionales, cuarto semestre, CUCEA.

Correo electrónico: samuelagoras@hotmail.com

Una China bilingüe

Manuel Huacuja González*

Claro que no, ¿o tal vez sí? China hizo de las suyas otra vez. Ahora resulta que los chinos, un país del otro lado del charco y con un sistema alfabético completamente diferente al nuestro, se posicionan como uno de los nuevos países listos para tomar el inglés como segunda lengua oficial.

¿México qué tiene que ver con esto? Pues sí, porque este proceso responde a los acuerdos de APEC, que establece que los países miembros impartan inglés desde los niveles básicos de la enseñanza.

No solo China está que se quema con sus nuevos procesos de enseñanza del inglés, sino que toda Asia del Pacífico se está poniendo las baterías en este tema, porque Malasia, Singapur, Tailandia, Hong Kong y Corea del Sur lo enseñan a los niños en la primaria.

Los chinos utilizan cuatro horas semanales para su estudio hasta el doceavo grado. Pero no solo los asiáticos avanzan, pues nuestro mayor socio sudamericano, Chile, está desarrollando métodos de intercambio internacional con países de habla inglesa, a favor de sus maestros de inglés.

Hoy existen en Chile 12 mil personas completamente bilingües. México se va quedando atrás, porque el primer nivel obligatorio de ese idioma comienza hasta el primero de secundaria, seis largos años después que los chinos.

Eso sí, hay excusas por parte del gobierno mexicano para no cumplir con los compromisos de APEC: no tenemos profesores de inglés.

Pregunto: ¿no existen las ganas de desarrollarse en esta área? ♦

* Estudiante del CUCEA, manuel_hg@terra.com.mx

Cartón

